
CAPÍTULO VII.

En el que verá el lector cómo se rompen
las hostilidades.

Asegurada una honrosa existencia al noble Bel-Krer con dos millones y pico de capital, que, multiplicado por las hinchadas trompas de la fama, se elevaba en la creencia del vulgo á una fortuna fabulosa; halagado por el mundo, que le ofrecia por todas partes el encanto de sus fugitivos placeres, se iba amortiguando en el corazon de Miguel el deseo de tomar desquite de la ofensa que habia recibido del Duque.

Encontraba en la criolla algo repulsivo, que lo detenia, y aceptaba su preferencia, y aún hacia alarde de ella, por esa debilidad pueril, por esa vanidad indiscreta en que suelen incurrir los ánimos más varoniles. Al

mismo tiempo, por un fenómeno singular, el recuerdo de Magdalena acudía á su memoria frecuentemente, y en vez de avivar en su espíritu el deseo de la venganza, por el contrario, caía en su corazón como una especie de bálsamo. Si Mercedes, con sus obsequios, con sus distinciones, con su marcada preferencia, le decía: «véngate», Magdalena, con su recuerdo, con su imágen, con su dulce sonrisa, le decía: «perdona.»

Detenía, sin embargo, la idea de que la criolla atribuyera á miedo su conducta, viéndolo retroceder delante del Duque cuando ella misma abría paso á su triunfo; y por el temor de que llegára á ponerse en duda lo animoso de su corazón, se dejaba arrastrar por una verdadera cobardía. Así es la vanidad del hombre.

Mas, hagamos justicia á nuestro héroe, que, como ya he dicho algunas veces, no dejaba de ser un hombre como otro cualquiera: el temor de pasar por cobarde no hacia más que detenerlo; no lo impulsaba á lanzarse á la lucha, y como diría el marino, se mantenía á la capa de tal modo, que evadió

el compromiso en que la carta de la criolla lo ponía, diciéndole:

«Señorita, me he atrevido á amarla, pero no tengo valor para pedir su mano, porque no quiero entregar el afecto que me inspira á la odiosa suposición de que me mueve la codicia. Pedir su mano es pedir trescientos mil duros de renta. Si esto es orgullo, es un orgullo que merece respeto.»

Mercedes no tuvo nada que replicar, ó no quiso replicar nada, pero se mostró con Miguel más afectuosa, más decidida, digámoslo de una vez, más loca.

Tal era poco, más ó ménos, el estado de las cosas, segun lo deduzco de los apuntes que tengo á la vista, cuando disipada y completamente desvanecida la tenebrosa especie de un próximo conflicto entre Francia y Prusia, comenzó á renacer en los ánimos, no ya la esperanza, sino la seguridad de una paz duradera, es decir, de una paz imposible, y la Bolsa, pronunciada en baja durante algunos dias, comenzó á subir gallardamente, como las espirales del humo que levanta el aire.

Cada cotizacion en alza helaba la sangre en las venas de Medina y hacia torcer el gesto á Miguel, porque ambos veian venir-se encima una *diferencia* espantosa, si algun acontecimiento extraordinario no acudia presuroso por los hilos del telégrafo á detener el movimiento ascendente de los efectos públicos. A Medina le era indiferente cualquier suceso, con tal de que llenára de pavor al género humano y aterrara por algunos dias al universo.

Esperaba una catástrofe, confiado en que llegaría, y pensando en las más probables, soñaba una noche con las bombas de Orsini acabando con la vida de Napoleon III; soñaba otra noche con el triunfo definitivo de la demagogia furiosa en Italia, y soñaba, por último, con la pérdida de la isla de Cuba. Éstos eran los sueños de su esperanza; Francia arrasada, Inglaterra sumergida en el fondo del Océano, España repentinamente invadida por los beduinos de Europa ó de África, eran otros tres acontecimientos, posibles á lo ménos, que de la noche á la mañana podian ocurrir, torciendo el rumbo de la fortuna.

El agente de bolsa tranquilizaba su inquietud esperando de un día á otro alguna noticia tremenda, inesperada y repentina, fundándose en que la época actual es, como ninguna, la época de los sucesos pavorosos, observando con bastante fundamento que apenas hay dia en que el telégrafo no lleve ó traiga el anuncio de alguna catástrofe, como si tan prodigioso invento fuera la voz de los desastres.

Pero, ya se ve, el melodrama de la época en que hemos nacido tiene tambien sus entreactos, en los que el hilo de las terribles escenas se interrumpe por algunos instantes para anudarse de nuevo; y es claro, á pesar de la impaciencia de Medina, pasaban los dias sin que el telégrafo balbuceara más que vulgares anuncios de hechos ordinarios.

Medina se desesperaba viendo pasar los dias sin que el mundo se hundiera; pero dulcificaba su amargura con el placer de desearlo.

En cuanto á Miguel, sólo diremos que parecia más pensativo que de ordinario, y que alguna vez suspiraba, exclamando:

—¡Pobre Bel-Krer, pobre Bel-Krer!

No obstante, sus tristes pensamientos se disipaban pronto, pues á renglon seguido añadía :

—¡Oh! suceda lo que quiera, no nos separaremos nunca.

Tambien esperaba algun acontecimiento más ó ménos desastroso, capaz de detener la ruina que le amenazaba.

¡Qué crueldad de la suerte! El mundo parecia convertido en una balsa de aceite. Los ingleses dominaban tranquilamente en la India, merced á la influencia moral del opio. Los Estados-Unidos, vigorosamente rehechos de las pérdidas de su pasada guerra, brillaban como el sol despues de la tormenta, iluminando los horizontes con todos los rayos del genio de la industria. Napoleon declaraba por tercera vez que el imperio era la paz, y se anunciaba el glorioso espectáculo de una exposicion monstruosa. Austria sufría con paciencia las consecuencias de la batalla de Sadowa, y Prusia bajaba la cabeza ante el rey Guillermo, dejando á Bismark dirigir los destinos de Alemania. El Czar de

todas las Rusias comprimía con brazo de hierro las nobles aspiraciones de la infeliz Polonia, y el Gran Turco, detras de la Gran Puerta, fumaba tranquilo en su pipa de ámbar otomanamente reclinado sobre los muelles cojines de su serrallo. No se veía en Inglaterra ni un feniano, ni en Cuba un filibustero. Garibaldi se lavaba honestamente en Caprera su camisa roja, y Víctor Manuel almorzaba democráticamente pan y tocino, vuelto de espaldas á la ciudad eterna.

Hasta la naturaleza parecia sonreír, satisfecha de la prosperidad de los hombres, y se dejaba vencer en el Istmo de Suez para que el Oriente y el Occidente pudieran abrazarse como dos hermanos que se encuentran.

Y la Bolsa subía, subía y subía, miéntras el plazo de la cotizacion tremenda se acercaba.

Llegó, por fin, la víspera del dia en que era preciso liquidar, y Miguel se encontró con una *diferencia* enorme, que toda su fortuna no bastaba á satisfacer.....

Medina entró despavorido en la habitacion en que Miguel recibía á sus íntimos amigos;

llevaba en la mano la cotizacion de aquel dia.

— Guillen estaba allí, y al ver al agente, dijo:

— *Alea jacta est.*

— La suerte está echada, añadió Miguel, y además perdida.

Matusalem entró detras de Medina, diciendo:

— Ha sido una locura empeñarse en semejante jugada.

Medina golpeó con el puño el brazo del sillón en que acababa de sentarse, y replicó furioso:

— ¡Locura!..... ¡cuando era la jugada del siglo!..... Jugar á la baja era el juego, porque en el estado en que se encuentra Europa es inminente la conflagracion universal..... ¿quién habia de presumir lo que está sucediendo?

— Cualquiera, advirtió Matusalem; la noticia era absurda.

— ¡Absurda! exclamó el agente, y no hubo nadie que no la creyera al pié de la letra, y aún hay quien la cree cierta. Lo ab-

surdo es que á estas horas Francia y Prusia no se estén destrozando á las orillas del Rhin; que Rusia no haya forzado la Gran Puerta, que Inglaterra no tenga ya sus escuadras en el Mar Negro. Eso es lo absurdo. Cuando se carga el cañon de un fusil, se prepara el arma, se apunta y se dispara, lo absurdo es que el tiro no salga.

Guillen se sonrió con lástima, pero no despegó sus labios, y Matusalem dijo:

— Con ese razonamiento convence á los que reclamarán mañana el importe de lo que han ganado jugando á la alza.

Miguel interrumpió la disputa, preguntando:

— Vamos á ver, ¿á cuánto asciende la pérdida que tenemos encima?

Medina contestó:

— Si la cotizacion de mañana se cierra como la de hoy, habrá que aprontar tres millones de reales.

— ¡Friolera! exclamó Matusalem sentándose.

— ¡Tres millones de reales!..... repitió Miguel, componen una suma que excede

en mucho al valor de todo cuanto poseo.

—¡Qué lástima! añadió Guillen, golpeando la punta de su bota con el extremo del baston. Vas á tener que vender la biblioteca por cuatro cuartos.

—Eso es, murmuró Matusalem; si mañana no sube la Bolsa algun céntimo más, cosa bastante probable.

—Aun así, replicó Miguel, con dos millones que me cayeran por la chimenea saldría airosamente del paso.

—Ya veis, exclamó el agente, si la jugada era segura; ha comprometido tres millones por diez que pudo ganar. Méenos de la tercera parte. ¡Ah! era un golpe maestro..... ha sido preciso que la poderosa Francia le tenga miedo á la astuta Prusia; cosa inverosímil, absolutamente inverosímil.

—Por la cual, no obstante, replicó Guillen, hay que pagar mañana al contado, duro sobre duro, la miseria de tres millones de reales lo ménos.

—Ése es el hecho, dijo Miguel, y os pregunto: ¿de dónde saco yo dos millones que necesito para hacer frente á esta catástrofe y

quedarme con algunos fondos?..... porque, si no, es claro, me arruino y me deshonor.

Los tres amigos guardaron silencio, sin tener nada que contestar á la pregunta y convencidos de la fuerza de la observacion.

—¿Callais? prosiguió diciendo; eso significa que no teneis una peseta, y lo que es peor, que no teneis una idea.

Guillen se encogió de hombros, y como Simónides, pronunció estas palabras:

—*Omnes divitiæ sunt mecum.*

—Me parece, añadió Medina rascándose la frente, que tú tienes crédito.

—Creo que sí tengo crédito, y en ese caso apresúrate, aprovéchalo, y búscame del centro de la tierra..... á cualquier precio.

Matusalem se restregó las manos, y Medina hizo, despues de rascarse la frente, dos ó tres veces la siguiente advertencia:

—Poco á poco. Dos millones de reales no es una suma que se presta así á *bobilis bobilis*; pedirán una garantía, y yo no tengo ninguna que ofrecerles.

—Tienes mi firma, replicó Miguel.

—Tu firma es tu nombre, siguió diciendo el agente, y tu nombre anda ya de boca en boca, pues todo el mundo sabe que estás bajo el peso de una pérdida enorme, y es un malísimo precedente para negociar tu crédito; de seguro no encuentro quien me dé dos céntimos por tu firma, ni por un ojo de la cara.

—¿De manera, preguntó, que no me queda más recurso que la bancarrota?

Un silencio mortal selló las bocas de sus amigos; parecia que empezaban á abandonarle.

—Muy bien, prosiguió; la ruina no me aterra salvando á mi hermoso Bel-Krer del naufragio; me resignaria á probar de nuevo fortuna, mas no es éste el caso. Mi nombre va á rodar por los suelos..... Más le temo á mi prosperidad pasada que á mi desgracia presente; he sido afortunado y debo tener muchos enemigos. Es triste ser pobre, pero ¡ah! es muy cruel dejar de serlo. Medina, convoca á mis acreedores á que vengan á repartirse las pérdidas y las ganancias, porque es preciso que pierdan algo; pues todo mi ca-

pital no pasa de dos millones y debo pagar tres lo ménos. ¡Pobre Bel-krer! tu pura sangre árabe va á ser tambien objeto de inventario; te van á justipreciar como un mueble. ¡Cuál será tu destino!..... Haria cualquier cosa por librarlo de semejante ultraje.

Los tres amigos continuaron mudos, como si aquellos habladores hubieran perdido de repente el uso de la palabra.

—Es singular, añadió, mirándolos alternativamente..... pareceis tres sombras; yo me arruino y vosotros enmudeceis; ¿por qué razon, cuando yo pierdo mi fortuna y algo más..... vosotros perdeis la lengua?

Medina lanzó un suspiro, Guillen se encogió de hombros, y Matusalem soltó la carcajada.

—Eso es distinto, y aplaudo tu buen humor; sólo una carcajada merece esta burla de la suerte.

Matusalem se acercó á Miguel, y cogiéndolo del brazo, se lo llevó á un extremo de la habitacion, y allí le dijo en voz baja:

—Eres un imbécil.

— Es posible, añadió Miguel; pero explícate.

— La señorita de Vegahonda posee seis millones de renta, que suponen más de cien millones de capital, y tú no necesitas más que dos millones.

Miguel se dió una palmada en la frente, diciendo:

— Sigue, sigue.

— La señorita de Vegahonda, prosiguió Matusalem, es tuya; es decir, está resuelta á darte su mano; esto es, á poner en tus manos su enorme fortuna. Tienes dos cartas de ella, que son oro puro.

— ¿Y bien? preguntó.

— ¡Oh qué estúpido! exclamó Matusalem golpeando la alfombra con el tacon de su primorosa bota; hay que decirlo todo. Pues bien, decídete, y con la seguridad de esa boda encontrarás dinero, que podrás pagar cómodamente.

— ¿En dónde?

— Yo me encargo de ello.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— ¿Cómo?

— De esta manera.

Y cogiendo el sombrero se lanzó á la puerta; pero ántes de salir se detuvo, diciendo:

— Necesito tu coche.

— Pídelo, y lo tendrás al instante.

Salió Matusalem, y Miguel comenzó á pasearse con visibles muestras de agitacion, pronunciando entre dientes palabras que ni Guillen ni Medina podian distinguir, por más que aguzaban el oido.

Al cabo de algunos momentos se oyó un rumor sordo subterráneo, é inmediatamente temblaron los cristales que cubrian los balcones, estremecidos por el ímpetu de un coche que rodaba rápidamente por el duro empedrado de la calle.

— ¿Adónde va Matusalem con tanta prisa? preguntó Medina.

— Adivínalo, contestó Miguel.

— ¿Es un secreto?

— No.

— ¿Entónces.....

— Guillen lo acertará.

— Es posible, añadió Miguel; pero explícate.

— La señorita de Vegahonda posee seis millones de renta, que suponen más de cien millones de capital, y tú no necesitas más que dos millones.

Miguel se dió una palmada en la frente, diciendo:

— Sigue, sigue.

— La señorita de Vegahonda, prosiguió Matusalem, es tuya; es decir, está resuelta á darte su mano; esto es, á poner en tus manos su enorme fortuna. Tienes dos cartas de ella, que son oro puro.

— ¿Y bien? preguntó.

— ¡Oh qué estúpido! exclamó Matusalem golpeando la alfombra con el tacon de su primorosa bota; hay que decirlo todo. Pues bien, decídete, y con la seguridad de esa boda encontrarás dinero, que podrás pagar cómodamente.

— ¿En dónde?

— Yo me encargo de ello.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— ¿Cómo?

— De esta manera.

Y cogiendo el sombrero se lanzó á la puerta; pero ántes de salir se detuvo, diciendo:

— Necesito tu coche.

— Pídelo, y lo tendrás al instante.

Salió Matusalem, y Miguel comenzó á pasearse con visibles muestras de agitacion, pronunciando entre dientes palabras que ni Guillen ni Medina podian distinguir, por más que aguzaban el oido.

Al cabo de algunos momentos se oyó un rumor sordo subterráneo, é inmediatamente temblaron los cristales que cubrian los balcones, estremecidos por el ímpetu de un coche que rodaba rápidamente por el duro empedrado de la calle.

— ¿Adónde va Matusalem con tanta prisa? preguntó Medina.

— Adivínalo, contestó Miguel.

— ¿Es un secreto?

— No.

— ¿Entónces.....

— Guillen lo acertará.